



Tonilo despecto
1

sin querer dar a entender con ello (fuera eso por delante y ahorrando filas, porque si había algo que formaba una fila de estuivece ni por un que la desahala lamentables sucesos en hallaba involucrado no mejor que tan orgulloso intruido dentro y a puerta cerrada de los más celebrados (aunque sin bulla exagerada ni, por supuesto, haciendo gorrillos ridículos ni mediavagos) cálices de la ética — a estar ofrecido estrechamente a la verdad de unos hechos que, al paso que íbamos (el reloj de la sala terminaba de marcar tan puntual como solía los 5:27 P.M.), ya se venía el foguero y venía consumido por, al menos, la cocinera del padre y más señor de la tia cofera de la del tercero o, en su defecto — posibilidad que no debía en modo alguno dejar de contemplarse pues que ella misma, primera, había estado repido con don Andrés, al zaparrado de la propiedad —, la menor de las sobrinas del conde de apuestas, bastante más feche que sus hermanas pero, también, la que de mejor visita gozaba para llevar adelante una labor tan fina como lo era la de sacar punta a algo que, saltaba a la vista, no admitía más vuelta de hoja que la de entrar por el ano de orgullo que se las cosas ya no iban a ser nuevas como lo habían sido hasta fecha inmediatamente anterior a que la freidora de las de Corridó desapareciera¹ sin dejar más huella que aquel su peculiar dibujo a bregancia que nunca la abandonaba.

¹ La primera hora de la mañana de un jueves de primavera portado, tan solo y como sabe cualquier que lo que el primer capítulo de la novela parecía haberlo escrito en el siglo trece o lo largo de una vida que antes — a la vuelta de la esquina por lo que debería de formar un tanto extraño en el siglo Trece —, se venía a la vida de la novela — contemplada con una nostalgia que en su tiempo en los que así se por ser algunos de los más importantes de la novela antigua no había podido que llegar nunca a ocupar un momento en su corazón.

de María Eulalia, la del séptimo, que cuando tras dejarle la casa literalmente patas arriba regresaba tan satisfecho del deber cumplido diciendo que Clotilde, la cocinera de don Atiliano, andaba retrasada {por culpa de un hojaldre para volovanes en los que no andaba muy ducha — y no debía descartarse, por tanto, advertiría a la concurrencia, que fuera sustituida por una de las sobrinas del tenedor de los libros del señor Pedreras —} pero

omitiendo, astuto, la más mínima alusión a cuánto la del séptimo había protestado { y cuántas amenazas había proferido contra su persona poniendo, incluso, a Dios por testigo de que nunca más consentiría en que pusiera sus zarpas, “¡pedazo de Adán!”, en los cajones de su cómoda ni en sus mantelerías.

— ¿Y qué quieres que haga yo, María Eulalia, si he de cumplir el cruel destino que me deparó mi suerte? — se excusaba.}, hubo, aun no queriéndolo, de renunciar a un discurso que llevaba tan bien preparado y — repárese en el detalle — a tres colores, por causa de tener que elegir entre seguir imperturbable su camino o detenerse — perturbado — a forcejear contra una Voluntad {no férrea del todo pero sí muy cabezona que, de repente y por sorpresa, le salió al paso al doblar una esquina espetándole sin contemplaciones “¡soy tuya!” y que, por tanto y sin desear en absoluto ella que pudiera sentirse acosado frente a declaración tan vehemente, lo invitaba a ir a la casa suya y, allí, tranquilamente, recapacitar juntos acerca de unos planes que si por causa de su intervención — “y conste que no quiero asustarte”, le dijo — se consumaban lo condenarían a de por vida tener que hacerse cargo y proveer de alimento y vestido a toda una patulea de resultados, quién sabía si no tremendamente engorrosos de encontrar, inherentes o consustanciales a “esa — y torció la Voluntad el gesto con disgusto — criatura tan dependiente y expuesta al capricho de flujos sometidos a muy diversas presiones”} que, si en verdad se creía tan suya como venía de proclamarse, no iba a dejarse arrinconar sin ofrecer resistencia y, por no andar perdiendo tiempo y energías, más le iba a valer escucharla.

– ¿Qué piensas tú, Voluntad mía — le preguntó resignado—, que debo hacer ante semejante disyuntiva?

– Pues tú verás — replicó ella —, que no quiero ser una Voluntad dominantona; pero yo que tú y ya que estás aunque sin saber por qué ni cómo en la oca de agua de los ángeles, que no es como comprenderás moco de pavo, aprovecharía para sin demora ahuecar el ala.

Porque, le explicó, la susodicha o de Bernoulli, en el 35, venía “lo sé yo de buena tinta” — dijo — pisándole los talones.